

## Capítulo VI

## A la ventura

**M**IENTRAS Juana encontraba en el llanto que vertía de sus ojos un alivio á sus padecimientos morales, y un bienhechor desahogo á sus penas, Ponce de León, oprimiendo contra su pecho aquella cabeza querida, levantó la suya y su mirada buscó el infinito para en él hundirse investigadora y triste y melancólica.

¡Cuánto padecía el infeliz castellano bajo la misma ruda corteza de que habíanle cubierto su vida y hábitos guerreros!

¡Quién en los días de gloria, triunfo y esplendor del marqués de Ponce hubiera podido prever la miseria y decadencia de aquel hombre, que parecía creado para conquistar una por una todas las grandezas de la tierra.

¡Cuánto, cuánto padecía el castellano infeliz!

Aislado de toda fraternal amistad, nadie acudía á lle-

varle algun auxilio en su abandono, y atrincherado en las reservas de su orgullo y dignidad, nadie veía su desesperación ni su angustia.

Ciego de amor por su mujer y por sus hijos y viendo peligrar, no sólo el porvenir de éstos, sino también su honra y la seguridad de Juana, expuesta en su desamparo á las obstinadas asechanzas amorosas de Nuño López de Cardona, Ponce de León creyó disculpable concebir el criminal proyecto de apoderarse de una suma de dinero perteneciente á su enemigo, puesto por el mercader D. Beltrán, y hasta cierto punto sin disculpa legal, en posesión de las riquezas que á D. Hernando como hermano de D. Beltrán tocaba y correspondía heredar.

La fatalidad, no sólo no se lo concedió así, sino que agravó los lamentos con que la voz de la conciencia le mortificaba, haciendo que Rodrigo asaltase por una cruel equivocación á su desventurado pariente Felipe de Rioja.

Este, Juana acababa de demostrárselo á Ponce, había reconocido en la voz de Rodrigo la de uno de sus asaltantes.

¿Qué iba á ser de su hijo infeliz, si Rioja llegaba á verle y confirmaba su reconocimiento?

¿Qué podría Ponce hacer por su hijo en aquel caso?

Si la niña no hubiese desaparecido, si los malhechores no se la hubiesen llevado consigo, aun habría podido Ponce hacer algo por su hijo.

Si; tranquilo y resignado habríase humillado á los piés de Rioja y confesado su criminal intento contra López de Cardona y el error de Rodrigo.

Y tales palabras hubiese empleado en su confesión que Rioja le habría perdonado.

Pero faltaba la infeliz Isabel, y ante la falta de su pobre hija, Rioja no se dejaría convencer de la inocencia de Rodrigo en aquel fatal accidente.

En su justa desesperación, nada querría oír, y á las autoridades recurriría para obtener de ellas el castigo del supuesto criminal, ya que por anciano y enfermo nada personalmente podría hacer Rioja contra el asesino de su hija.

Todas las apariencias estaban en contra de Rodrigo. Y eran tan cruelmente manifestadas esas apariencias, que su misma madre había sospechado de su hijo.

Este horror fué el que procuró evitar Ponce de León inventando la falsa relación que á Juana hizo del asalto de Rioja.

Y como nada es más fácil que convencer á una madre de que su hijo es bueno, Juana creyó cuanto Ponce de León quiso hacerle creer.

Al menos así lo aparentó, si bien sin saber por qué la pobre madre no pudo sentir libre su angustiado corazón del peso que le oprimía.

—Eso se explica fácilmente,—le observó Ponce;—yo mismo experimento iguales angustia y opresión.

Rioja ha sospechado de Rodrigo, de nuestro bueno y adorado Rodrigo, y por más seguro que esté de la inocencia de mi hijo, me espanta el temor de que Rioja no lo crea así.

—¿Y por qué no ha de creerlo?—preguntó Juana con maternal arranque.

—¿Tienes más que referirle los sucesos tales como han pasado y á mí me los has referido?

—¡Imposible!—murmuró Ponce.

—¿Imposible? ¿por qué?

—¿Cómo podré descubrirle mi criminal proyecto de apoderarme de los cuarenta mil ducados de López de Cardona.

—¿Tienes más que ocultárselo?

—Ello sin embargo justifica la presencia de Rodrigo en el lugar del asalto.

—Si así lo crees, si no puedes darle otra explicación, ten alma grande y sacrificate tú por salvar á tu hijo.

—Así lo haré, tienes razón,—contestó Ponce casi sin saber lo que decía;—Rioja ha de permanecer poco tiempo en estos reinos y con él se llevará fuera de ellos mi secreto.

—¿Por qué creer que haya de permanecer aquí poco tiempo?

—El mismo lo dijo; recuerdo casi todas sus palabras: «si no he de recobrar á mi hija, si mi pobre Isabel ha sido muerta por los malhechores, saldré inmediatamente de este país que tan mal me ha recibido.»

Por desgracia su hija ha perecido como él se lo temía. Nada tiene ya que hacer aquí.

Le animaré á partir, si es posible esta misma noche, y yo le acompañaré hasta el puerto.

Sábelo para que, si lo hago así, no te extrañe ni asuste mi ausencia.

—Ponce, Fernando mío,—dijo Juana inquieta y afligida,—por mí, por tus hijos, por cuanto más quieras en el mundo, no partas tú acompañando á Rioja.

—Comprendo,—repuso Ponce con acento de indefinible tristeza;—comprendo, Juana mía, lo que temes decirme y con todo mi corazón te lo perdono.

Te asusta el pensar que quien pudo concebir el proyecto de apoderarse del dinero de López de Cardona,

pueda intentar otro tanto contra los veinte mil ducados de Rioja: ¿lo crees así?

—¡Ah! ¡Fernando mío! ¡perdóname!

—¡De ante mano lo estás: no tengo derecho á mostrarme ofendido!

Pero no; nada temas.

Esos veinte mil ducados pasarán, sí, á mis manos; mas en ellas los pondrá Rioja voluntariamente.

El me los ofreció: voy á pedirselos, y él me los prestará y mañana estaremos á cubierto de la enemiga persecución de Nuño López de Cardona.

—¡Ah! ¡Fernando! Dios querrá que Rioja no te niegue ese favor.

—No me lo negará.

—También yo lo creo; él espontáneamente nos ofreció repetidas veces esos veinte mil ducados.

—Así es la verdad: y ahora, Juana mía, retírate, yo te lo ruego: va á ser la media noche y es hora de que descanses.

—Pero, ¿tú no vienes conmigo?

—No. Quiero hablar cuanto antes con Rioja.

—El infeliz estará quizás ya descansando.

—No lo creo: esta noche espantosa no está hecha para el descanso de nadie.

La tormenta no ha disminuído.

Ciegan los relámpagos y ensordecen los truenos.

Sólo parece que la máquina de los mundos se desbarrata, salida de sus ejes.

La lluvia cae á torrentes.

Silba el viento con bramidos de fiera y las aguas del vecino lago se mueven á su embate como las olas de la mar.

No; no es noche de descanso.

Pero aun cuando fuera para Rioja, yo necesito hablar con él.

Es indispensable que esta misma noche borre yo de su ánimo sus atroces sospechas.

Es indispensable que yo le entere de la desgracia de su hija.

Es indispensable que le anime á partir cuanto antes.

Dispuesto estoy á que sepa toda la horrible verdad de mi criminal proyecto.

Mi revelación le moverá más y más á concederme el préstamo de los veinte mil ducados.

Pero una vez hecha esa revelación, es indispensable, lo repito, que salga de estos reinos.

Una indiscreción suya podría perdernos á todos.

Y aunque tal indiscreción no cometiese, ni yo, ni mi Rodrigo podríamos levantar ante Rioja nuestra frente, manchada con un criminal intento.

Esto sería superior á mis fuerzas y la vergüenza concluiría por matarme.

Bastante es ya con que tú, Juana mía, lo sepas.

Pero seguro estoy de tu indulgencia y tu perdón para mí y para tu hijo.

Si este fué criminal, sólo yo, su padre, tengo la culpa.

Y mi culpa puedes perdonarla si tienes en cuenta que la originó mi acendrado amor hacia tí y hacia mis hijos.

Retírate, pues, Juana mía, y si descansar no puedes pide á Dios que nos perdone como tú nos has perdonado.

Juana obedeció sin replicar y se retiró á su habitación, después de haber recibido de los labios de Ponce y sobre la frente un beso ardiente, calenturiento.

## Capítulo VII

## La escala

**E**N la excitación en que Rodrigo se encontraba, la inutilidad de las voces con que á su padre llamaba, y de sus esfuerzos para desquiciar la puerta, acabó por exasperarle.

—No, yo no puedo permanecer aquí,— se dijo:— no debo en este caso obedecer á mi padre.

El corazón me anuncia una desgracia, y por lo mismo que ignoro cuál pueda ser, más y más me atormenta el presentimiento que de ello tengo.

¡Pobre padre mío! ¡cuán desgraciado es!

La fatalidad ó mi torpeza estorbaron que yo pudiese dar el golpe por él preparado.

Quizá su conciencia le acusa de ser el indirecto autor de la desgracia horrible de Felipe de Rioja.

¡Oh! si ese hombre llegase á verme, no me cabe duda, me reconoceria en el acto.

Debe haber guardado de mí un atroz pero vivo recuerdo.

Las llamas devoraban las frágiles paredes del jacal.

Iluminado por sus resplandores y levantando contra él una gruesa y nudosa rama, un tronco casi, debía parecerle un demonio.

Cuando le di el golpe que le derribó en tierra, antes de que concluyese de perder el sentido, sus ojos se fijaron en mí como si con ellos hubiera querido decirme que me maldecía, ó estudiar bien en mis facciones para por ellas reconocirme algún día ante el tribunal de Dios.

¡Oh! sí, estoy seguro, perfectamente seguro; en cuanto me vea, me reconocerá como jefe de la banda que le asaltó.

¿Quién hubiera podido suponer que aquel pobre viejo había de venir á mi misma casa á reconocer en ella á su bárbaro asesino!

¡Ay de aquel que tiene el infortunio de dar el primer paso en la senda del crimen!

Quiéralo ó no lo quiera, le será imposible retroceder.

El crimen engendra el crimen.

Si Rioja me reconoce, si sus labios se abren para acusarme, ¿qué podré hacer yo sino es arrojarme sobre él y ahogarle antes que de su boca haya salido la fatal acusación:

No: yo no puedo permanecer aquí encerrado.

Quizá en estos momentos mi padre trata de averiguar si el infeliz Rioja podrá, llegado el caso, reconocirme.

Y si Rioja le retratase en su discurso á su asesino, y en ese retrato mi padre me reconoce: ¿qué no hará mi bueno, mi noble padre, por salvarme?

No; ¡es imposible que yo permanezca aquí!

¡Si en esta noche fatal, en que el mismo cielo está poblado de rayos y tormentas aun pueden cometer un crimen más los Ponce de León, yo reclamo el derecho de ser el criminal; yo, sí; yo puedo serlo, pero no mi padre.

Diciendo esto, Rodrigo desistió de dar nuevas voces, y de desquiciar la puerta, y abrió la ventana de su habitación.

Una ráfaga de viento huracanado batió contra las paredes las dos hojas, libres de la aldaba que las sujetaba.

El cielo presentaba un imponente aspecto.

Parecía incendiado en toda la circunferencia del horizonte.

Tales eran la intensidad y rápida sucesión de los relámpagos que al brillar diseñaban las fantásticas formas de las gruesas y negras nubes, que en torrentes se desgajaban sobre la tierra y caían sobre las agitadas aguas del lago, en cuyas áridas y salitrosas orillas se encontraba la casa de los Ponce de León.

Lejos de espantarse con aquella desencadenada tormenta, Rodrigo cobró mayor ánimo y saltó por la abierta ventana, cayendo en tierra sin lesión alguna.

Libre al fin el joven, casi niño, corrió hacia la parte del macizo edificio en que estaban las habitaciones de sus padres.

A tientas, casi, pues la fuerza del viento y la intensidad de la lluvia le obligaban á cerrar los ojos á cada momento, llegando iba bajo las ventanas de las habitaciones de Juana y de Isabel, cuando tropezó con imprevisto obstáculo, dándose en la frente un fuerte golpe, que en mucha parte aminoró la gruesa ala de su ancho sombrero de fieltro endurecido por la lluvia.

Al empuje del golpe sacó de su centro el objeto con que Rodrigo había tropezado, y que no era otra cosa que una larga escala de madera que cayó sobre él.

No volvía aún de su sorpresa cuando oyó una voz que desde la ventana, decía:

—¡Mala peste sobre vos! ¿por qué, Pedro Fañez, quitáis la escala?

Imposible es decir lo que Rodrigo sintió al escuchar aquella voz.

Imaginenselo nuestros lectores sabiendo que aquella voz era de Nuño López de Cardona.

—¡Cardona en las habitaciones de mi madre! ¿qué es lo que esto significa?

—¡Pedro Fañez!—volvió á decir la voz;—poned la escala con mil de á caballo!

Rodrigo desnudó la hoja de su puñal, que apretó entre sus dientes, y pareciéndole que Pedro Fañez no se encontraba por allí cerca, levantó la escala y la colocó bajo la ventana, de modo que Nuño pudiera alcanzarla y descender.

Al bajar, Cardona venía diciendo:

—¡Mentira parece que hayáis podido dormiros con semejante noche!

Debéis estar empapado hasta los huesos.

Y todo ello inútilmente, amigo mío.

Parece que la hermosa Juana no piensa recogerse en su cuarto esta noche.

Pero, amigo Fañez, paciencia, pues no pienso cejar en mi empeño, y mañana hemos de volver.

—¡Eso será si mañana vivís!—exclamó Rodrigo lanzándose sobre D. Nuño en el momento en que ponía el pie en el suelo.

—¿Eh? ¿quién sois? —preguntó Cardona tratando en vano de desasirse.

—Soy el hijo de Juana de la Cueva.

—¡Ah! ¿Rodrigo?

—El mismo; respondedme: ¿qué habéis venido á hacer aquí?

—¡Muchacho! —observó con arrogancia é insolencia el de Cardona;— sois todavía un niño para entender de estas cosas.

Rodrigo sintió que la violencia de su odio era tal, que no pudiendo caber en su pecho, se lo desgarraba por salir, y poniendo su puñal en el cuello de Nuño, le dijo:

—¡Contestad, López de Cardona! ¿qué haciais en el aposento de mi madre!

Nuño logró apartar de su cuello el arma amenazadora, pero no desasirse, y en vano quiso hacer uso de su puñal, pues antes de que hubiéralo tocado, se lo arrancó Rodrigo y lo arrojó lejos de sí.

—Es inútil que tratéis de escaparos, —dijole el joven: soy un niño como decís, pero tengo la razón de mi parte, y ella me da una fuerza superior á la vuestra.

Así, pues, responded, pero responded pronto, porque ó respondéis ú os mato.

—Sois un imbécil, Rodrigo Ponce. Yo nada puedo responderos. Si algo teméis, preguntádselo á vuestra madre, con la cual estuve en relaciones desde antes, mucho antes que vos nacieseis.

—¡Mentís! ¡Nuño López de Cardona! ¡Mentís!

López de Cardona con voz apagada, gritó:

—¡Asesino!...

Y cayó como una piedra á los piés del hijo de Ponce de León.

Rodrigo, ciego de ira, sin saber lo que hacía, acababa de atravesarle la garganta con la hoja de su puñal.

Nuño pronunció antes de espirar alguna palabra, mas nunca pudo saberse.

El estrépito de los truenos mataba todo otro ruido ó rumor.

Rodrigo tomó el cadaver de López de Cardona, y le arrastró á gran distancia del lugar de su muerte.

Volvió después sobre sus pasos, y otro hombre distinguió al pié de la maldecida escala.

Era Pedro Fañez.

Rodrigo sintió impulsos de darle muerte como á López de Cardona, pero Fañez no esperó y antes que tal sucediese se puso en precipitada fuga.

—¡Vaya en hora mala! —exclamó Rodrigo:— me basta con su amo.

Tomó después la escala, que permaneciendo allí podría haber sido un padrón de ignominia para los Ponce de León, y cargando con ella siguió andando en dirección del ala del edificio habitación de su padre.

Una luz brillaba en una de las ventanas.

Rodrigo apoyó la escala contra la pared y subió con precaución.

Rioja no se había recogido.

Abierto delante de él y sobre la mesa, á la cual estaba sentado, tenía un saco de cuero y un buen montón de monedas de oro.

—No falta ni una sola, —exclamó con tristeza;— la intención de los malhechores no fué la de robarme.

Me saltaron para llevarse á mi hija.

Pero... ¿por qué se llevaron á mi hija, á mi pobre Isabel?

No puedo sospecharlo.

¡Una niña, una niña de doce años únicamente!

¡Ah! ¡pobre hija mía! ¿qué habrá sido de ella?

¡Pero esa voz! ¡Dios mío! ¡esa voz que Fernando y Juana dicen que es de su hijo Rodrigo.

—¡Oh! sí, lo será; pero en ese caso el jefe de los malhechores fué su hijo Rodrigo!

¡Ay! ¡qué horrible es esto!

Aquí en mi oído, en mi corazón tengo esa voz, la voz del bandido, que es la misma que oí estando en la sala con Fernando y Juana.

Ella lo niega; pero no, mi corazón me dice que no me engaño.

Y ellos lo confirman.

Sí; ellos lo confirman.

¿Por qué Rodrigo no entró en la sala y no pasó del dintel?

¿Por qué Fernando y Juana que me han presentado á todos sus hijos, no me presentaron á Rodrigo?

Acababa de hacerse Rioja esta pregunta cuando resonaron en la puerta de su habitación dos pequeños golpes.

Era Ponce de León que iba á convencer á Rioja de la necesidad de marcharse de su casa.

El anciano dió un salto involuntario sobre el sitial de cuero en que sentado estaba, y no se atrevió á moverse.

Al mismo tiempo que los golpes se repetían en la puerta, las dos hojas de la ventana se abrieron violentamente y Rodrigo saltó dentro de la habitación.

La vista del oro apilado sobre la mesa le incitó á cometer tamaña imprudencia.

### El crimen engendra el crimen

**A**l ruido que Rodrigo produjo al saltar por la ventana, Rioja volvió la cabeza y un grito de ira y horror se escapó de sus labios.

—¡Silencio!—le impuso el joven con imperativo y resuelto ademán,—¡silencio y estaos quieto: no vengo á haceros mal alguno!

Pero Rioja que nunca como en aquel instante se lamentó con mayor desesperación de la debilidad en que teníanle los años y enfermedades, había retrocedido hasta la puerta de entrada, y antes que Rodrigo se lo hubiese podido impedir, la abrió de par en par dando entrada á D. Fernando Ponce de León, cuyo asombro no reconoció límite al ver la habitación y frente á él á su hijo.

—¿A qué has entrado aquí?—Rodrigo, hijo mío, á qué has entrado aquí?

Al escuchar estas palabras que sin quererlo habíansele escapado á D. Fernando, el desventurado Rioja no pudo de cual de los dos hombres huir, y permaneciendo miedoso y aterrado entre uno y otro, exclamó:

—¡Luego mis presentimientos no me engañaban! ¡Ponce de León, ese que llamas tu hijo es el bandido que me asaltó hace dos noches; ese es el asesino de mi hija!

Fernando Ponce de León pareció no escuchar lo que Rioja decía y lanzándose hacia su hijo le tomó de la cintura y con hérculea fuerza le puso sobre el alfeizar de la ventana cuyas dos hojas de madera cerró inmediatamente diciéndole á la vez:

—¡Huye, infeliz!

Rioja no pudo oír estas palabras; tan grande era el espantoso fragor de la tormenta, y tales eran las voces que daba pidiendo auxilio y maldiciendo al asesino.

—¡Calla!—gritó con terrible acento Ponce de León, tomándole de un brazo y moviéndole como mueve el huracán el árbol que á su empuje se atreve á resistir.

—¡Callar, callar cuando tú, marqués de Ponce, mi pariente, pones en libertad al asesino de mi hija?

¡No; no me callaré!

¡A mí! ¡favor! ¡socorro! ¡á mí cuantos en esta casa no sean villanos cómplices de los miserables Ponce de León! ¡A mí! ¡socorro!

—¡Calla! ¡Rioja! ¡ve que mi hijo es á quien tratas de perder y que mi hijo es inocente!

—¿Qué me importa, si tu hijo es un ladrón y un asesino?

No acababa Rioja de articular la última injuria que escrita dejamos, cuando ya Ponce de León le tenía cogida la garganta y todo el cuello con sus gruesas manos, más fuertes y más duras que el acero.

—¡Calla! ¡calla! ¡calla!—repetía mientras tanto que apretando iba el humano collar formado por sus dedos.

Rioja ya no hablaba.

Tendido en el lecho sobre el cual había caído queriendo retroceder, sólo sus ojos espantosamente abiertos decían algo muy horrible, en sus miradas fijas en el pálido, casi cadavérico semblante de Ponce de León.

Un momento después Rioja se había estremecido con las últimas convulsiones y Ponce pudo soltar á su víctima sin temor de que volviera á gritar.

¡Le había asesinado!

El crimen engendra el crimen.

¡Ay de aquel que en su maldita senda da el primer paso!

Turbado su espíritu; ensordecida momentáneamente su conciencia, lanzado por el miedo al más exagerado y brutal egoísmo, su delito le obligará á cometer nuevos delitos con que borrar ó al menos desvanecer la impresión de las huellas del primero.

Así hace el mar con los desastres que en sus tormentas origina: lanza la débil nave poblada de humanos seres sobre el desierto peñasco en que la estrella, y en su furor no cesa de batir con sus olas el peñasco hasta no dejar en él ni un naufrago con vida, ni una tabla que indicar pueda el lugar y la época del siniestro.

Ponce de León, el noble y el honrado caballero, el glorificado héroe de cien combates en que peleó y venció por su Dios y por su patria; el buen esposo; el ejemplar padre de familia había quedado en un todo transformado.

Vedle allí pálido, desenchajado como cadáver de tres días, vé no obstante con nerviosa impasibilidad el cuerpo muerto de su pariente y de su huésped.

¡Pobre anciano Rioja!

Allí está.

¡Qué espantosas huellas ha dejado en él su espantosa muerte!

Flaco y demacrado teníanle sus años y sus enfermedades; pero sin duda el espíritu era grande y llenaba su ya por demás raquítica naturaleza.

Abandonado por su espíritu, su cuerpo, al parecer, sólo tiene forma humana y representa algún reducido volúmen, gracias á sus vestidos.

Sólo su rostro abulta y sobresale algo más.

Pero ni aun esto se debe al pequeño bulto de su cabeza sino á la horrible expresión que conservan sus facciones.

Amoratas por la sofocación, la ausencia de la vida les ha impreso un desagradable color azulado.

Sus labios y su boca muy abierta tienen un color rojo negruzco.

Sus ojos..... ¡oh! ¡sus ojos espantan!

Están abiertos y más grandes que lo fueron en vida de Rioja.

Y miran con la insistencia de la inmovilidad absoluta; con una mirada que es imposible soportar y sostener.

Así lo nota Ponce de León, que escalofriado de horror, se acerca al cadáver y lo cubre con uno de los blancos lienzos de su lecho.

Después de cubrirlo así, lía sobre sí mismos los inanimados restos de Rioja, que viene á quedar formando un bulto tan pequeño y poco pesado que un niño de diez

años podría echárselo sin gran dificultad sobre las espaldas y caminar con él.

Esto va á hacer Ponce de León, pero antes se dirige á la mesa, toma de ella el saco de cuero de Rioja, mete en él los papeles que halla sueltos y hunde el saco en la profundidad de una alacena empotrada en la pared y cierra sus sólidas puertas.

Sobre la mesa han quedado las monedas de oro que unos momentos antes contaba Rioja, para convencerse de que no fueron ladrones sino asesinos los malhechores que tres noches antes habíanle asaltado.

Ponce toma una gruesa y fuerte soga, llégase con ella al bulto que hacen los restos de Rioja, los amarra en repetidas vueltas para reducir más y más su volúmen, se lo echa á las espaldas, abre la ventana por donde Rodrigo tuvo la imprudencia de presentarse; y por la misma escala que á él y á López de Cardona habia servido, descende el asesino entre el ruido de los truenos, el fulgor de las centellas y el peso de la lluvia que á torrentes continúa cayendo.

Después se pierde en las sombras, siguiendo las orillas del lago.

## Capítulo IX

## Pedro Fañez

**P**EDRO Fañez podría haber tenido por aquellos años unos veintidos de edad.

Su estatura era mucho menos que mediana, y la naturaleza no le distinguió mucho en cuanto á prendas personales.

Su cabeza extraordinariamente pequeña hacía un extraño contraste con el resto de su abultado cuerpo, y mil burlas le dirigian los mal intencionados diciéndole que tan mínima cabeza no valía la pena de haber sido colocada sobre tan fuertes y anchas espaldas.

Fuertes y anchas eran en efecto, y tanto ellas como el resto del individuo, rudo y musculoso, acusaban la gigantesca fuerza de que Pedro Fañez estaba dotado.

Pero aquella pequeña cabeza encerraba un cerebro inteligente y no mal privilegiado, y á sus órdenes tenía

un alma grande y fuerte y un corazón bien inspirado y generoso.

D. Beltrán Ponce de León habíale recogido niño y miserable en su casa de comercio de Valladolid y criádole con no comunes atenciones, las cuales hicieron creer á la maledicencia y á la murmuración que pudiese ser hijo suyo.

Tal vez no fué así y la simpatía de D. Beltrán por el niño fué debida sólo á un noble sentimiento de piedad y compasión.

Pedro Fañez correspondió al favor que se le hizo sirviendo con especial afecto y desinterés á D. Beltrán, que llegó á tener en él una confianza absoluta é ilimitada.

Pero á quien Fañez amó con inusitado entusiasmo fué á D. Fernando Ponce de León, y por él hubiérase dejado matar, sobre todo cuando la gloria militar del joven guerrero llamaba á España entera y traía á la casa de D. Beltrán á cuantas grandezas formaban la córte y al mismo emperador, admirados y subyugados por las innumerables cualidades del heroico Ponce de León.

Pero llegó aquel día fatal en que D. Fernando prefirió el amor de Juana de la Cueva á todas las grandezas, honores y riquezas de que hasta entonces había disfrutado, y Pedro Fañez tuvo que obedecer á D. Beltrán, que le ordenó cortase con la víctima de su anti-fraternal encono toda especie de comunicaciones.

En vano quiso resistirse, en vano también trató de ablandar la dureza del odio de D. Beltrán, elogiándole y ponderándole las virtudes, la belleza y las mil y mil cualidades de Juana de la Cueva, que justificaban la decisión de D. Fernando.

Mas si á D. Beltrán no logró convencer de los méritos

de Juana, Pedro Fañez, en cambio, á fuerza de elojiarla concluyó por enamorarse de ella loca y perdidamente.

Por supuesto que el infeliz acogido escondió su pasión en lo más íntimo de su sér, y nadie jamás llegó á descubrir su secreto.

En primer lugar, Juana era la esposa legítima del hombre á quien Pedro Fañez había amado más en su vida.

En segundo, Juana adoraba á su marido.

En tercero, Pedro Fañez no tenía mérito ni prenda alguna personal para atreverse á pretender ser amado por una mujer de la sorprendente hermosura de Juana de la Cueva.

Cualquiera de ellos era sobrado motivo para que Pedro Fañez ocultara su loco amor en lo más escondido y recóndito de su sér.

Pero quizá esto mismo contribuyó á que su pasión creciese y creciese, hasta llenar por completo toda su naturaleza, todos sus instantes, toda su vida.

Algo sin duda adivinó D. Beltrán, pues siempre procuró que no volviera á relacionarse con D. Fernando, no obstante lo cual Pedro Fañez nunca dejó de visitar á los dos esposos, cuantas veces la ocasión se le presentaba, y en algunas, como en el nacimiento de sus hijos, por ejemplo, aun cuando la ocasión no se presentase, y de incurrir hubiese en desagrado de D. Beltrán.

Muerto éste, Pedro Fañez se indignó de la injusticia con que desheredado había á Ponce de León, pero la cosa no tenía remedio, y de conformidad con una cláusula del testamento en que D. Beltrán le señalaba una muy regular pensión vitalicia, siempre que no dejase el servicio de Nuño López de Cardona, Pedro Fañez continuó á las órdenes de éste.

Nuño le tuvo siempre particular afecto y otro tanto su esposa la condesa de Peralta, y ambos se comprometieron con D. Beltrán, por habérselo así exigido á la hora de su muerte, á no abandonar nunca á Pedro Fañez, á quien á su vez comprometió á lo mismo con respecto á Nuño y á su esposa.

Fañez accedió sin dificultad, no tanto por el legado de la pensión, cuanto porque cobrado había un ilimitado cariño á la hija de Cardona, la pequeña Catalina, encantadora rubita de dulcísimos ojos azules, que deliraba por el protegido de D. Beltrán, pues nadie como él tomaba voluntaria parte en sus infantiles juegos, ni le inventaba á cada momento otros más nuevos y divertidos.

La pequeña Catalina era lo único que Fañez amaba verdaderamente en la casa de Cardona.

Sin el amor de aquella niña, quizás hubiera renunciado á todo, aun á la pensión.

La condesa le era en extremo antipática y á Nuño aborrecía por lo mismo que en favor de él había D. Beltrán despojado á Ponce de León.

Esto no quitaba que en el cumplimiento de sus deberes para con sus amos fuese un acabado modelo.

Nuño tenía en él la más absoluta confianza, al extremo de haberle confiado la administración general de sus bienes y de no hacerle jamás observación alguna á las cuentas que le presentaba mes por mes, con religiosa escrupulosidad.

Pero esa misma confianza de Cardona fué para Fañez motivo de enormes pesadumbres.

Nuño exigió, como ya digimos, á Ponce de León, el pago de la deuda que con él tenía, y Fañez tuvo que proceder contra él.

No lo hizo, sin embargo, sin consultar antes con el mismo D. Fernando, á quien ofreció dejar el servicio de Nuño, si Ponce le tomaba al suyo, sin darle más que los alimentos.

D. Fernando no quiso aceptar la proposición, y antes bien le rogó que continuase al servicio de Nuño, aunque no fuese más que por hacer menos amarga su desgracia, pues nadie como él le había de tratar con más atenciones ni misericordia.

La razón era buena y Fáñez siguió el consejo, y pudo en efecto dulcificar los golpes meditados contra Ponce por la aviesa intención del acreedor.

Pero cuando su odio subió de punto fué al enterarse de que Nuño estaba decidido á abusar de grado ó por fuerza de la hermosa Juana de la Cueva.

Para estorbarlo fingió secundarle en sus negros proyectos, y por eso en aquella noche, fatal para la familia Ponce de León, vimos á Fáñez acompañando en su asalto á López de Cardona.

Mejor dicho no le vimos, sino que se lo oímos decir al mismo Nuño.

Y no le vimos, porque mientras su amo escalaba la ventana de los aposentos de Juana, Fáñez corrió á advertir á la víctima lo que contra ella se tramaba.

Porque Juana no ignoraba qué clase de asechanzas le tendía el de Cardona; pero ella y Fáñez habían convenido en no enterar de cosa alguna á Ponce de León, temerosos de que éste matase, como era de justicia, á su ofensor, complicando más su triste suerte con un asesinato que nadie habría atribuido á su verdadera causa, sino al deseo de librarse por medio de un crimen del pago de una deuda en que su honor estaba interesado.

Fáñez logró hablar con Juana un momento después de haberse ésta separado de Ponce, y en virtud de esa advertencia la esposa del marqués, no sólo no entró en su habitación, sino que llegándose con precaución á la puerta, la cerró de un modo seguro por la parte de fuera.

Esta fué la causa de que Nuño desistiese por aquella noche de su intento y tratase de dejarlo para otra, y procurase bajar por la famosa escalera á cuyo pié encontró la muerte que le dió Rodrigo Ponce.

Al ver á éste volver, como en su lugar se dijo, Fáñez adivinó lo que de pasar acababa, y huyó, no por miedo á Rodrigo, sino por no encontrarse obligado á enterarse de un crimen, cuyo autor podría alejar de sí toda sospecha, con sólo tener la seguridad de que nadie había sido testigo de su delito.

Pero Pedro Fáñez estaba destinado aquella noche á enterarse de los crímenes de los Ponce de León, y la casualidad le condujo á corta distancia de la escala por la que D. Fernando descendió con el bulto informe, resto del desventurado Rioja.

—¿Qué significa esto?—se preguntó á sí mismo.

Y seguro de que D. Fernando no le vería se propuso seguirle.

Tomó el marqués la orilla del lago, y siempre con su fúnebre carga al hombro, anduvo un largo trecho hasta dar con una chalupa abandonada y con una amarra sujeta á un raquíutico arbusto.

En ella entró y soltándola empuñó el remo y bogó largo adentro, después de haber con él embarcado un regular trozo de basalto que cerca encontró.

A unas ochenta varas de la orilla, Ponce detuvo su

barca ó chalupa: amarró el trozo de basalto á los restos de Felipe de Ríoja, y los dejó hundirse en las aguas del lago que en aquel punto tendría unos diez piés de profundidad.

Hecho esto volvió á la orilla, sujetó la barca á sus amarras y desanduvo el camino que por la orilla había hecho poco antes.

## Capítulo X

## La última mano

**P**EDRO Fáñez no pudo enterarse de muchos de los detalles que hemos dado al final del anterior capítulo, pero no le cupo duda de que Ponce de León había arrojado al agua el bulto que cargaba sobre sus espaldas.

Fáñez percibió distintamente el ruido que produjo al hundirse en el lago.

Excitado por una invencible curiosidad, cuando Ponce se hubo alejado, llegó á la chalupa, se metió en ella y procuró seguir el rumbo que seguido había el marqués.

La tormenta había cesado ya.

Apenas allá, á lo lejos, muy lejos, se escuchaba de vez en cuando el eco de un trueno que sonaba débil y sordo algunos instantes después de haber brillado el relámpago de que era consecuencia.

En el horizonte, una faja de un blanco manchado de girones rojos, anunciaba la próxima venida del nuevo día.

A su ténue é incipiente claridad, Pedro Fañez que erraba en su chalupa, distinguió en la superficie del lago una mancha oscura formada por el cieno removido al caer en el fondo el bulto arrojado por D. Fernando.

Fañez que, como hijo de Valladolid, estaba desde muchacho familiarizado con el agua y á nadar, y á buscar había aprendido en las aguas del Pisuerga, se despojó rápidamente de sus ropas y se arrojó á las mansas aguas del lago.

Unos momentos después salió á la superficie á respirar y volvió á hundirse para entrar de nuevo en la chalupa.

Ya en ella se vistió con rapidéz, y con rapidéz remando, no tardó en desembarcar en la orilla.

Su semblante estaba en extremo pálido, y su pequeño y fornido cuerpo se estremecía como acometido de un frío glacial.

Una vez amarrada la barca como la había encontrado, entró tierra adentro, caminando á paso rápido, y se perdió en los bosquecillos que se encontraban á no mucha distancia de la casa de los Ponce de León.

Reconociéndolos en todas direcciones, al fin halló lo que sin duda buscaba, el cadáver de Nuño López de Cardona.

—¿Qué es esto!—se preguntó:—aquí está el pobre don Nuño, y sin embargo, estoy seguro de no haberme engañado.

El bulto que Ponce cargaba y que arrojó al lago, es un cadáver.

¿De quién?

Temí en un principio que fuese el de López de Cardona.

Pero el de López de Cardona aquí está, frío, rígido, tendido á mis piés.

De quién es, pues, el cadáver que allí, en el fondo del lago, yace malamente sepultado?

¡Dios mío!

¡Dos muertes! ¡dos asesinatos en una sola noche!

¿Qué sucede en casa de los Ponce de León?

¡Oh! ¡necesario es que yo lo averigüe!

¡Sin duda han tenido justicia sobrada para hacer lo que han hecho!

¡Oh! sí: ¡quiero creerlo, necesito creerlo!

¡No puedo dejar de querer á los Ponce de León!

No puedo dejar de amar á Juana de la Cueva.

¡Ay de mí!

¡Moriría desesperado si fuera posible que Juana, mi idolatrada Juana, hubiese tenido participacion alguna en estos crímenes!

¡Oh! ¡es necesario que al ménos ella se salve!

Sí: yo la salvaré!

.....  
Han pasado ocho días.

Ocho días son una eternidad para quien padece una mortal inquietud como la que Juana padecía.

En esos ocho días Ponce de León no ha parecido por su casa.

Juana llamó en la mañana del primero á la puerta del cuarto de Rioja.

Pero nadie contestó.

La puerta estaba cerrada por fuera.

¡Qué horribles pensamientos asaltaron á Juana durante aquellos mortales ocho días!

Pero al fin pasaron, y Ponce de León volvió á su casa, en cuya puerta le esperaban Juana y sus hijos.

Ponce regresaba contento al parecer, pero no obstante, habia en su frente no sé qué extraña sombra de triste desaliento.

—¿Qué ha sido de tí?—preguntó Juana.

—Sí: ¿qué ha sido de vos?—repitieron Alvar y Rodrigo.

Ponce procuró reirse del asustadizo tono con que estas preguntas fueron hechas, y contestó:

—Vengo del puerto de la Veracruz, y os traigo casi la felicidad.

Ponce tuvo que explicarse, y lo hizo del siguiente modo:

—La felicidad, sí; ese es el legado que á bien tuvo hacernos mi desventurado pariente Felipe de Rioja, á quien fui á dejar al puerto, donde tuve el sentimiento de verle embarcarse con rumbo á nuestra patria.

Pobre Rioja, cuán desgraciado es!

Apenas puso el pié en estos reinos y unos malhechores le asesinaron á su pobre hija, á su pequeña Isabel.

¡Pobre niña!

Rioja no quiso permanecer ni un día más de los necesarios para su viaje, en este país fatal para él, y se obstinó en salir para el puerto, antes de amanecer el día que siguió á la noche de su llegada á esta casa.

Yo me creí en el deber de acompañarle, pero antes de salir de esta casa tuvo un rasgo de extraordinaria generosidad, y me cedió, á título de préstamo, la suma de veinte mil ducados de oro, que se encuentran sobre la mesa del cuarto que por breves horas le hospedó.

Aquí está la llave; tómalala, Alvar, hijo mio: abre la puerta y tráeme esos escudos.

—¿Queréis que yo le acompañe?—preguntó Rodrigo.

—No es necesario: basta Alvar para el caso, y más si mi hija querida, mi Esperanza, quiere acompañar á su hermano.

La niña no tuvo inconveniente alguno y salió con Alvar, que no estando en antecedentes de lo que en su casa habia sucedido, nada de extraño encontró en las disposiciones de su padre.

Cuando Alvar y Esperanza hubieron salido, Ponce de León preguntó á Rodrigo:

—¿Has hablado, hijo mio, con tu buena madre, algo referente á tu desgraciada aventura en el camino de Veracruz?

Rodrigo respondió:

—Nada absolutamente, padre mio: yo no puedo hablar á nadie, ni aun á mi adorada madre, que sabrá perdonármelo, de asunto que á vos solo corresponde tratar.

Ponce de León se tranquilizó y repuso:

—Has hecho bien, Rodrigo, y tu madre te perdona por mi conducto.

Sólo yo debo hablar, en efecto, de un asunto, el cual, una vez que hayáis escuchado lo que voy á decir, todos debemos, y así lo exijo, olvidarlo como si no hubiera tenido lugar.

Tu madre sabe, porque entre ella y yo no hay secretos, el motivo de tu ausencia de hace algunos días.

Sabe también que en vano quisiste auxiliar á Felipe de Rioja contra los malhechores que le asaltaron.

Sabé á su vez que no lejos del lugar del asalto, á la

entrada de un bosque, encontraste el cadáver de la niña Isabel de Rioja, hija de Felipe.

Sabe, por lo tanto, la causa del terror que experimentaste al reconocer en Felipe de Rioja á la víctima, á la cual quisiste auxiliar contra los bandidos.

Todo se lo referí yo en la misma noche de tu regreso.

No hay, pues, por que volver á repetir en este instante aquel doloroso detalle.

D. Fernando dejó un momento de hablar.

Su ansiedad y su angustia eran extremadas.

Pero Rodrigo, desde las primeras palabras comprendió á su padre, y adivinó que se trataba de una falsa relación del suceso.

Así pues, no demostró sorpresa ni extrañeza de ninguna especie.

Ponce de León volvió á tomar la palabra, diciendo:

—Pero si tu buena y santa madre te hizo la justicia que tú, hijo mío, mereces, no pude lograr otro tanto del infeliz Rioja.

En tu voz, Rodrigo, creyó reconocer la de uno de los bandidos que le asaltaron, y sobrecogido de invencible terror, sólo pensó en abandonar inmediatamente estos reinos, máxime cuando supo que su hija había sido asesinada.

No quise oponerme á su justo deseo y yo mismo le acompañé hasta el puerto hasta dejarle embarcado.

Pero antes de salir de esta casa, Rioja, como al principio dije, me cedió la cantidad de veinte mil escudos que en un saco traía, y que yo acepté en calidad de préstamo, y por la sola consideración de que con ellos salváramos de la miseria y del deshonor quizá, á tu buena y santa madre y á tu pequeña é inocente hermana.

Pero en mi alma se ha abierto una profunda y cruel herida, que quizás acortará mi vida, después de haberla amargado para mientras dure.

Felipe de Rioja ha dejado el país en la convicción de que tú, Rodrigo, mi bueno y ejemplar Rodrigo, has sido el asesino de su hija Isabel.

Cuanto hice para vencerle de todo lo contrario, fué de todo punto inútil.

Lo más que me concedió fué el asegurarme que creía que yo no era tu cómplice, y el calor de mi defensa lo atribuyó, no á inspiración de la verdad, sino á natural impulso de mi paternal amor.

Ponce de León volvió á guardar un momentáneo silencio.

Sus ojos estaban inundados de lágrimas, que en vano procuraba contener.

Juana sollozaba con indefinible amargura.

Rodrigo lloraba también.

Al fin D. Fernando se levantó de su asiento, y dirigiéndose á su hijo, exclamó:

—Ahora bien, hijo mío; yo el único criminal:

Yo que concebí el proyecto de apoderarme del oro de López de Cardona:

Yo que te descubrí ese proyecto y te encargué de su ejecución:

Yo, causa única de que Felipe de Rioja te crea el asesino de su hija:

Yo, el único criminal, el único ofensor de mi hijo idolatrado, me postro á tus pies ¡y te pido me disculpes y perdones!

Ponce se postró á los pies de su hijo, que le tendió amoroso y conmovido los brazos, y á esto siguió una

breve é imponente escena difícil de pintar, y á la cual puso término el próximo ruido de los pasos de Alvar y Esperanza que volvían con los veinte mil ducados de Felipe de Rioja.

Ponce de León deseó como una suprema felicidad que aquél interminable día concluyese.

Cuando la noche llegó, cuando su esposa y sus hijos hubiéronse recogido, Ponce entró en la habitación en que habia asesinado á Felipe de Rioja, desencajó las puertas de la pequeña alacena en que habia metido el saco de cuero de su víctima, y con los útiles y materiales de que provisto iba, tapió completamente con piedras y cal aquél hueco, hasta emparejarlo con la pared.

Después el héroe de cien combates, el soberbio amigo de Carlos V, el hombre de naturaleza de hierro, sucumbió á sus emociones, y largas horas permaneció privado de sentido.

Cuando volvió en sí, procuró orar, postrado de hinojos en tierra.

—¡Dios mío! ¡justiciero Dios!—exclamó;—sólo á tí no puedo engañarte: tú has visto mi crimen, y tú me impondrás el justo castigo: venga, pues, sobre mí; fuerte y resignado me encontrará tu justicia, porque si horrible ha sido el crimen, con él he salvado á mi hijo!

## Capítulo XI

### El secreto de Pedro Fáñez

**LA** muerte de Nuño López de Cardona suceso fué que casi á nadie conmovió.

Contaba con pocos amigos, era hombre pretencioso y dado á amorosas aventuras y su muerte se juzgó efecto de alguna pendencia ó de la venganza de algún amante ofendido.

La misma condesa de Peralta, su esposa, no llevó su aflicción más allá de los límites de las conveniencias sociales.

Nuño la habia visto siempre con ofensivo desdén, y más de una vez la humilló diciéndole que si D. Beltrán no le hubiese impuesto aquel matrimonio como condición para constituirle en su heredero, jamás se hubiera casado con ella por sólo su título que nunca ambicionó.

Catalina, su hija, era demasiado niña para poder apreciar la importancia de la pérdida de su padre.

La lloró, sí, pues ninguna queja tenía de él, pero en los niños los pesares, por misericordia de Dios, duran poco.

Sólo la edad eterniza las penas, cuando los corazones que las sufren saben amar.

Pocas fueron, pues, las variaciones ó cambios que la falta de Nuño introdujo en su casa.

La condesa, mujer de cerca de cuarenta años, se entregó con fervor á prácticas religiosas y dejó el cuidado de sus intereses á Pedro Fáñez, de cuya escrupulosa honradez ningún motivo tenía para dudar.

Ponce de León pagó íntegros á la condesa los veinte mil ducados que importaba su deuda con López de Cardona, y esta restitución y la muerte de su amo permitieron á Pedro Fáñez usar de entera libertad para visitar la casa del marqués de Ponce y pasar largas horas en presencia de Juana, á quien seguía idolatrando con la misma violencia y con el mismo impenetrable secreto de siempre.

No le fué difícil averiguar el nombre que en vida había llevado el cadáver por Ponce de León sepultado en las aguas del lago de Tezcoco.

El mismo Ponce se lo dijo al hacerle el pago de los veinte mil ducados.

Según las noticias que quiso darle, un pariente suyo, Felipe de Rioja, enterado de sus apuros y miserias había tenido para con él un cargo de casi inverosímil afecto.

Resuelto á dejar la isla Española en que había hecho una gran fortuna, quiso antes de regresar á su patria,

conocer las tierras conquistadas por Hernán Cortés, y con tal fin pasó á la Nueva España para visitar á Ponce y á la vez poner en sus manos las sumas necesarias para pagar sus deudas, de las cuales tenía conocimiento por el mismo Ponce, quien, á pesar de sus francos ofrecimientos, sólo quiso tomar lo únicamente indispensable para cortar sus cuentas con López de Cardona.

Anciano y misántropo, su pariente regresó á Veracruz en la misma noche de su llegada á México, sin querer visitar á nadie, ni ver á nadie, acometido de un súbito é irreprimible temor de que la muerte le asaltase lejos de la patria de su nacimiento.

Esto fué lo que Ponce quiso contar á Fáñez, pero Fáñez nada creyó, aunque nada dijo tampoco en contrario.

¿Qué le importaban á él en efecto los motivos que Ponce hubiese tenido para asesinar á su pariente?

Asunto era este que no á él sino á la conciencia de Ponce atañía, y en cuanto á la vindicta pública ni Fáñez era justicia, ni estaba encargado de hacerla, ni gustaba de mezclarse en ella.

No pudo ser igualmente indiferente en lo que se relacionaba con el asesinato de Nuño López de Cardona.

No le quería ni mucho ni poco, ya lo hemos dicho, pero ¿quién podía asegurarle que el día de mañana no se le ocurriese á la condesa, á su hija Catalina, ó á cualquiera de sus parientes dar en sospechar de Fáñez que en todas sus aventuras y expediciones de costumbre acompañábase?

Por lo que acontecer pudiese, Pedro Fáñez escribió en secreto una relación de como suponía que Nuño hubiese

muerto: en esa relación hacía constar la antigua pasión de Carlona por la hermosa Juana, y las varias y diferentes asechanzas que en todo tiempo había tendido á la esposa de Ponce; refería como en la noche de su muerte penetró en las habitaciones de Juana, valiéndose de una escala, y concluía expresando sus sospechas de que Rodrigo fuera el autor de su muerte, pues con él se encontró Fáñez al pié de la escala que permanecía apoyada contra el muro en que las ventanas de Juana se abrían.

Por vía de apéndice, Fáñez disculpaba su silencio acerca del asunto, apoyado en varias razones.

Era la primera que sus revelaciones no habrían remediado la muerte de D. Nuño, que debió morir en el acto mismo de ser herido.

Era la segunda que las aclaraciones que necesariamente habrían de haberse hecho, hubieran mortificado y herido á la señora condesa, pues todo el mundo habríase enterado de que su marido no la amaba en lo absoluto, y gustoso cambió en todo tiempo sus caricias, aun por las de la más zafia campesina.

En tercero, Ponce de León era bastante desventurado para que hubiese sido justo aumentar su desventura publicando que aquella noche Nuño había estado dentro de la habitación de Juana, pues por más que el escalador no logró llevar á cabo la seducción, unos lo creerían así y otros no, y serían los más, pues la malicia humana goza y se divierte con las ajenas desventuras y en especial con las de los maridos burlados por sus mujeres.

Por último Fáñez aseguraba haber callado porque tenía la firme convicción de que Rodrigo había estado en su pleno derecho y en su entera justicia, para matar á un hombre que trataba de deshorrar á su madre: dere-

cho y justicia que, digan lo que quieran las leyes, siempre han tenido y tendrán los padres, los maridos y los hijos.

Escrita y firmada esta relación, Pedro Fáñez la escondió donde le pareció más conveniente, que fué en un cajón secreto de un fortísimo arcón de encina, y procuró no volver á acordarse de haberla escrito.

Fáñez no hizo constar en su relación otro motivo más que para callarse tuvo.

Pero ese motivo le sabemos nosotros.

Fáñez continuaba amando á Juana con el mismo secreto é idolatría de costumbre, y por nada del mundo hubiese él amargado la vida de su adorada ni quitádose toda esperanza convirtiéndose en acusador de su hijo Rodrigo.

Cosas menos racionales y justas es capaz de ocultar y disculpar un amor tan verdadero é ilimitado como el que Pedro Fáñez sentía por la adorable y virtuosa Juana de la Cueva.